DEEP EDDY

Bruce Sterling

A Bruce Sterling ya lo conocen. Este cuento es el más nuevo de su producción y está nominado para el Hugo 1994. Anteriormente apareció su libro *Globalhead*, una recopilación de cuentos. Otro libro reciente es *The Hacker Crackdown: Law and Disorder on the Electronic Frontier*, un tratado sobre el crimen por computadora y la libertad civil. Acaba de publicar la novela *Heavy Weather*, que, según dice la crítica, "Es, a diferencia de sus densas, solemnes y muy complicadas primeras novelas, transparente, entretenida y directa".

EL caballero de la Europa continental que ocupaba la butaca contigua le ofreció:

—¿Un cigarrillo?

—¿Qué tiene? —preguntó Deep Eddy. El caballero de cabellos grises murmuró algo: un largo término médico alemán. El programa traductor de Eddy fracasó estrepitosamente.

Eddy declinó gentilmente la oferta. El caballero hizo saltar un cigarrillo del paquete, le dobló la punta y dio una pitada. Se difundió un fuerte aroma, como un relámpago de café.

El anciano europeo se despejó de repente. Abrió un notipad, tecleó en el menú y comenzó a recorrer atentamente una revista alemana de negocios.

Deep Eddy apagó su traductor, conectó el spexware y observó a su vecino. El caballero transmitía una biografía de negocios. Su nombre era Peter Liebling, de Bremen, tenía noventa años y era funcionario de una firma maderera europea. Sus pasatiempos eran el backgammon y coleccionar tarjetas telefónicas antiguas. Se lo veía muy joven para noventa; probablemente tendría algunos síndromes médicos interesantes.

Herr Liebling levantó la vista, fastidiado por el escrutinio computarizado de Eddy. Eddy dejó caer sus spex, que quedaron colgando de la cadenilla del cuello. Un gesto estudiado, que Eddy usaba mucho: *"Eh, amigo, fue sin querer".* Mucha gente resistía los spex. La mayoría no tenía idea de la gran capacidad del spexware. La mayoría todavía no usaba spex. En una palabra, la mayoría eran perdedores.

Eddy se columpió en su butaca de color celeste bebé y dio un vistazo por la ventanilla del avión. Chattanooga, Tennessee. Torres de control aéreo de cerámica blanco brillante, distantes bloques de oficinas color borravino y un millón de árboles verde oscuro. La pista se recalentaba suavemente en la mañana de verano. Eddy levantó de nuevo sus spex para controlar la silenciosa partida hacia el oeste de un jet asiático blanco y rojo. De sus distantes motores brotaba una turbulencia infrarroja. Deep Eddy amaba el infrarrojo, ese profundo y silencioso torbellino de calor invisible, el aliento de la industria.

La gente subestima Chattanooga, pensó Eddy con infantil orgullo local. Chattanooga tenía una alta inversión per cápita en spexware. De hecho, Chattanooga estaba tercera en el NAFTA. La número uno era San José, California (naturalmente), y la número dos era Madison, Wisconsin.

Ya había viajado a ambas ciudades rivales, al servicio de su grupo de usuarios de Chattanooga, para intercambiar spexware, comerciar algo de info y estudiar cuidadosamente la escena local. Para hacer un poco de inteligencia competitiva. Para espiar, dicho más crudamente.

Su más reciente viaje de negocios había sido una borrachera de cinco días en un festivo encuentro de spexware Pan-NAFTA, en Ciudad Juárez, Chihuahua. Eddy todavía no entendía por qué Ciudad Juárez, que fuera un tranquilo pueblo industrial sobre el Río Grande, se había vuelto tan loca por spexear. Hasta los niñitos tenían spex, unas cosas para niños, descartables, con lunares brillantes y apenas un par de docenas de megas. Había trémulas abuelitas con spex, guardias de seguridad con spex montados en los cascos anti-disturbios. Por todos lados se veían anuncios que no podían leerse sin spex. Y miles de trepadores profesionales con chaquetas de aire acondicionado y cuarenta o cincuenta terabytes montados sobe el puente de su nariz. Ciudad Juárez estaba en las garras de una rampante spexmanía. Tal vez fuera por el litio que contenían sus aguas.

Esta vez el deber llamaba a Deep Eddy a Düsseldorf, en Europa. Para conseguir su atención no era necesario que el deber llamara demasiado fuerte. El mínimo susurro del deber era suficiente para que Eddy, quien aún vivía con sus padres, Bob y Lisa, acudiera.

El presidente de la sección local le había entregado algo de correo spex y un paquete. *Un deber de la red; la credibilidad de nuestro grupo depende de ti, Eddy. Una tarea de correo. No nos hagas quedar mal, haz todo lo necesario. Y mantén tus ojos bien cubiertos: puede ser peligroso.* Bueno, Deep y el peligro eran amigos. Mandarse tequila y efedrina por la nariz en un callejón de México, mientras se llevaba un par de lentes con asistencia computada... ¡eso era peligro! La mayor parte de la gente no se habría animado a hacerlo. La mayor parte de la gente no podía controlar su propia inseguridad. La mayor parte de la gente tenía miedo de vivir.

Este sería el primer viaje de adulto de Deep Eddy a Europa. A los nueve había acompañado a Bob y Lisa a Madrid a un congreso de Deliberación Sexual, pero todo lo que recordaba de ese viaje era un aburrido fin de semana de mala televisión e incomprensible comida bañada en tomate. En cambio Düsseldorf sonaba como algo realmente divertido. Probablemente el viaje merecía el esfuerzo de haberse levantado a las 7.15.

Se frotó sus párpados irritados con un pañuelo embebido en solución salina. Sus spex le estaban haciendo arder los ojos; o tal vez fuera solamente falta de sueño. Había pasado una noche larga y frustrante con su actual amiga, Djulia. Se había citado con ella esperando una despedida de héroe, insinuando la posibilidad de que lo golpearan o mataran siniestras bandas clandestinas de las redes europeas, pero no tuvo el menor éxito. En vez de un atento y prolongado festejo, sólo obtuvo cuatro horas de conferencia sobre el tema central de la vida de Djulia: coleccionar cristalería japonesa.

Mientras su jet se elevaba gentilmente de la pista de Chattanooga, Deep Eddy se vio sobrecogido por una íntima y repentina convicción de que Djulia era algo esencialmente contraproducente en su vida. No le hacía nada bien. Esos ojos claros, esa naricita respingada, los tatuajes sexys que salpicaban su pómulo derecho, el adorable calor de su cuerpo en la oscuridad, los lacios mechones de su negro cabello que se ondulaban y encrespaban hacia la mitad de su longitud. Una muchacha no debería tener un cabello tan grandioso y tantos tatuajes y a la vez ser tan cerrada. No era realmente su amiga.

El jet continuó su ascenso, cruzando las brillantes aguas del Tennessee. Por la ventanilla veía las largas y dúctiles alas doblándose y ondulando en un ajustado control antiturbulencias. La cabina misma resultaba tan poco estable como una barcaza carbonera del Mississippi, pero las vibraciones de las alas, analizándolas con spex, parecían las de una hoja de sierra. Alteraba los nervios. *"Que no vaya a ser hoy el día en que una partida de Chattanooganos caigan del cielo",* pensó silenciosamente Eddy, revolviéndose un poco en el voluptuoso abrazo de su butaca.

Recorrió la cabina con la vista, observando a los candidatos a compañeros en la posible masacre. Unos trescientos, el jet set burgués de Europa y el NAFTA, amables y bien criados. Nadie parecía asustado. Acomodados en su butacas de tonos pastel, charlando, conectando palm tops y laptops, repasando notipads, haciendo llamadas por videofono. Como si estuvieran en casa, o tal vez en un congestionado vestíbulo cilíndrico de hotel; todos ellos ignorando olímpicamente el hecho de que iban zumbando por el aire, sostenidos solamente por chorros de plasma y computación. La gente es tan desaprensiva. Una falla de software por aquí, un punto decimal corrido por allá y esas alas maravillosamente dúctiles se iban al infierno. No sucedía a menudo, pero sí a veces.

Deep Eddy se preguntó con tristeza si se anunciaría su deceso en el primer nivel del notipad. Seguramente saldría, pero enlazado cinco o seis niveles más abajo.

Su vecino de atrás, de unos cinco años, entró en un paroxismo de júbilo y temor.

—¡Mi e-mail, Mamá! —gorjeaba con entusiasmo desesperado, saltando arriba y abajo—. ¡Mamá, Mamá, mi e-mail! ¡Eh, Mamá,

dame mi e-mail!

Un camarero le ofreció el desayuno. Eddy comió un tazón de muesli y media docena de ciruelas en compota. Luego sacó su tarjeta de viajero y pidió un mimosa. El alcohol no lo hizo sentir más animado, de modo que ordenó dos más. Luego se quedó dormido.

La aduana de Dsseldorf estaba repleta. Los turistas veraniegos caían sobre la ciudad como una vasta escuela migratoria de sardinas. Los que provenían de fuera de Europa —del NAFTA, de la Esfera, del Sur— eran, sin embargo, una minúscula minoría comparados con el vasto contingente intraeuropeo, que atravesaba la aduana sin control.

Inspectores uniformados spexionaban los equipajes del NAFTA y del Sur, presumiblemente buscando armas o explosivos, pero sus cacharros gubernamentales parecían al menos cinco años atrasados.

Eddy derivó hacia los íconos que indicaban el transporte terrestre. Una mujer baja, de abultada chaqueta castaña, lo interceptó. Se detuvo.

—Mister Edward Dertouzas —dijo la mujer.

—Correcto —replicó Eddy, dejando caer su bolso. Se contemplaron mutuamente, spex a spex—. En realidad, fraulein, como podrá ver en mi biografía on-line, mis amigos me llaman Eddy. Mayormente Deep Eddy.

—No soy su amiga, señor Dertouzas. Soy su escolta de seguridad. Me llamo Sardelle, por hoy —se detuvo y sopesó el bolso de Eddy. Su cabeza alcanzaba el hombro de Eddy.

El traductor de alemán de Eddy, que había vuelto a encender, le puso un cartelito amarillo en el borde inferior de sus spex. Se fijó en "Sardelle".

—¿Anchoa?

—No elijo los nombres clave —dijo Sardelle irritada—. Tengo que usar el que me da la compañía.

Se abrió paso entre la multitud, apartando a la gente con decididos golpes del bolso de Eddy. Usaba una voluminosa cazadora de aire acondicionado, con jeans color gamuza de muchos bolsillos y zapatones de gruesa suela, blancos y negros. Un neto trío de pequeños triángulos tatuados delineaba su mejilla derecha. Sus manos, atractivamente pequeñas y delicadas, calzaban guantes de finas rayas blancas y negras. Aparentaba unos treinta años. Bien, le gustaban las mujeres maduras. La madurez traía

profundidad.

Eddy buscó sus bio-datos. "Sardelle", le informaron escuetamente los spex. Absolutamente nada más: ni ocupación, ni empleador, ni dirección, ni edad, ni intereses, ni aficiones, ni aclaraciones personales. Los europeos eran raros en cuanto a su privacidad. Aunque era posible que la falta de los correspondientes datos tuviera que ver con su ocupación.

Eddy se miró las manos y movió sus dedos desnudos en el aire, sobre un menú virtual, cambiando a un spexware pesado que había mandado pedir a Tijuana. Era una leyenda en el negocio: el X-Spex hacía tiras la ropa de la gente, extrapolando el cuerpo desnudo en una simulación a todo color. Pero Sardelle estaba tan envuelta en cintos, pistoleras y hombreras que el X-Spex se vio burlado. La simulación lucía alarmantemente fantasmal, con los pechos y los hombros meneándose como plastilina podrida.

—Apúrese —le indicó con severidad—. Le digo que se apure.

—¿Adónde vamos? ¿A ver al Crítico?

—A su debido tiempo —le respondió.

Eddy la siguió por entre la apurada, espesa y avasallante multitud hacia un grupo de casilleros para viajeros.

—¿Necesita realmente este bolso?

—¿Qué? —exclamó Eddy—. ¡Claro!, tiene todas mis cosas.

—Si lo llevamos, tendré que revisarlo con cuidado —le informó con paciencia—. Pongámoslo en este casillero y lo retirará cuando salga de Europa—.

Le ofreció una pequeña bolsa de mano gris con el logo de un lujoso hotel de Berlín: —Aquí tiene un equipo estándar de viaje.

—Revisaron mi equipaje en la Aduana —dijo Eddy—. Estoy limpio, en serio. Pasé sin problemas por la Aduana.

Sardelle lanzó una risita sarcástica:

—Este fin de semana viene un millón de personas a Dsseldorf —dijo—. Habrá un wende (2) aquí. ¿Piensas que en la Aduana te revisaron como es debido? Créeme, Edward. No te han revisado a fondo.

—Eso suena un poco amenazante.

—Una buena revisación toma mucho tiempo. Algunas amenazas a la seguridad son pequeñas; cosas entretejidas en la ropa, pegadas a la piel... —Se encogió de

----

(2) En inglés "to wend" y en alemán "wenden", como verbos, significan dirigirse hacia un lugar (N. de la T.)ÿ

hombros—. Me gusta tener tiempo. Pagaría por tener tiempo. ¿Necesitas dinero, Eddy?

—No —respondió Eddy, asombrado—. Quiero decir, sí. Claro que necesito dinero, ¿quién no? Pero tengo una tarjeta de viajero de mi gente, del CAPCLUG.

Lo miró fijamente a través de los spex:

—¿Quién es Kapklug?

—El Grupo de Usuarios de Percepción Asistida por Computadora por las Libertades Civiles —dijo Eddy—. Sección Chattanooga.

—Veo, la sigla en inglés —frunció el ceño—. Odio todas las siglas... Edward, te pagaré

cuarenta ecu al contado por dejar tu bolso en este casillero y tomar a cambio este otro.

—Trato hecho —dijo Deep Eddy—. ¿Dónde está el dinero?

Sardelle le entregó cuatro gastados billetes holograma. Eddy los metió en su bolsillo y abrió su bolso para sacar un viejo libro de tapas duras, Masas y poder, por Elías Canetti.

—Un poco de lectura ligera —dijo sin convencimiento.

—Déjame ver ese libro —insistió Sardelle. Hojeó rápidamente el libro, recorriendo las páginas con sus dedos enguantados, flexionando las tapas y controlando la encuadernación, presumiblemente buscando cuchillas, agujas ponzoñosas o tiras de explosivos plásticos.

—Contrabandeas información —concluyó con acritud, devolviéndoselo.

—Para eso vivimos los del CAPCLUG —replicó Eddy, guiñándole un ojo a través de los spex. Introdujo el libro en la bolsa gris y la cerró. Luego arrojó su bolso en el casillero, lo cerró y sacó la llave numerada.

—Dame esa llave —le dijo Sardelle.

—¿Por qué?

—Puedes volver y abrirlo. Si me quedo con la llave se reduce el riesgo.

—De ningún modo, Olvídalo.

—Diez ecu —ofreció ella.

—Mmm.

—Quince.

—Bueno, como quieras —dijo Eddy, dándole la llave—. No la pierdas.

Sardelle, imperturbable, la puso en un bolsillo con cierre

de su manga.
—Nunca pierdo nada —dijo, abriendo su billetera.
Eddy asintió mientras se guardaba un billete de diez y cinco de uno. Moneda atractiva, el ecu. Los de diez tenían un holograma de René Descartes, un tipo muy profundo que lucía impresionantemente francés y racional.
Eddy sentía que hasta el momento lo venía haciendo muy bien. De hecho, no había nada en el bolso que realmente necesitara: su ropa interior, jeans de repuesto, tarjetas, camisas de vestir, corbata, tirantes, zapatos de recambio, cepillo de dientes, aspirinas, café instantáneo, costurero y aros. ¿Y qué? No era lo mismo que si le hubiera pedido que dejara sus spex.
Además se había prendado de su escolta. El nombre Anchoa le cuadraba: le impactó como un pescadito enlatado. Esto le resultaba perversamente atractivo. De hecho la encontraba tan atractiva que le costaba quedarse tranquilo y respirar normalmente. Le gustaba mucho la forma en que lucían sus manos enguantadas, diestras y femeninas, y misteriosamente europeas, pero sobre todo su cabello. Largo, castaño claro rojizo y meticulosamente trenzado a máquina. Adoraba el cabello femenino trenzado a máquina. En el NAFTA no habían captado bien la moda. El cabello de Sardelle parecía una masa oxidada de cota de malla de museo, o tal vez una intersección de vías fantásticamente revuelta. No era sólo que no tenía un solo pelo fuera de lugar, sino que cualquier desviación era topológicamente im-

posible. Tuvo una desbocada imagen de sus dedos recorriéndolos en la oscuridad.

—Me muero de hambre —anunció.

—Entonces comeremos —dijo ella. Y se encaminaron hacia la salida.

Los taxis eléctricos intentaban, sin mucho éxito, contener la hemorragia de turistas. Sardelle arañó el aire con sus dedos a rayas, ajustando invisibles menús spex. Parecía como si estuviera lanzando un hechizo sobre un grupo familiar italiano que estaba a su lado, el cual reaccionó con alarma mal disimulada.

—Podemos caminar hasta una parada de ómnibus —le dijo a Eddy—. Es más rápido.

—¿Caminar es más rápido?

Sardelle partió y él tuvo que correr para alcanzarla.

—Escúchame, Edward. Ganaremos tiempo si sigues mis sugerencias de seguridad. Si yo ahorro tiempo, tú harás dinero. Si me haces trabajar de más, no seré tan generosa.

—Yo me porto bien —protestó Eddy. Los zapatones de ella parecían tener algún tipo de elástico computado en las suelas: caminaba como sobre resortes—. Estoy aquí para encontrarme con el Crítico Cultural. Tengo una audiencia con él. Le traigo algo. Ya lo sabes, ¿no?

—¿El libro?

Eddy sopesó el bolso gris.

—Ajá... Estoy en Dsseldorf para entregar un viejo libro a un intelectual europeo. En realidad para devolvérselo. Es que él se lo prestó al Comité Directivo del CAPCLUG y es hora de devolvérselo. ¿Qué tiene de rudo

este trabajo?
—Probablemente no mucho —dijo con calma Sardelle—. Pero ocurren cosas extrañas durante un wende.
Eddy asintió sobriamente.
—Los wendes son un fenómeno muy interesante. El CAPCLUG los está estudiando. Nos gustaría lanzar uno algún día.
—Los wendes no se dan así, Edward. No se "lanza" un wende —Sardelle hizo una pausa, reflexionando—. El wende lo lanza a uno.
—Supongo que sí —dijo Eddy—. Estuve leyendo su obra, sabes, la del Crítico Cultural. Es profunda, me gusta.
Sardelle se mostró indiferente.
—No me cuento entre sus partidarios. Solamente me emplean para cuidarlo —desplegó otro menú—. ¿Qué tipo de comida te gusta, china, thai, eritrea?
—¿Qué tal comida alemana?
Sardelle rió: —Los alemanes nunca comemos comida alemana... Hay muy buenos cafés japoneses en Dsseldorf. La gente de Tokio vuela aquí por el salmón. Y por las anchoas...
—¿Vives aquí en Dsseldorf, Anchoa?

—Vivo en cualquier lugar de Europa, Deep Eddy —su voz bajó—. En cualquier ciudad que tenga a su frente una pantalla... Y en Europa todas la tienen.

—Suena divertido. ¿Quieres transar spexware?

—No.

—¿No crees en andwendungsoriente wissensverarbeitung?

Ella hizo una mueca: Muy inteligente de tu parte el aprender una frase alemana adecuada. Habla inglés, Eddy. Tu acento es realmente terrible.

—Muy amable —respondió Eddy.

—No puedes mercar ware conmigo, Eddy, no seas tonto. No pasaría mi spexware de seguridad a hackercitos yanquis civiles.

—No tienes los derechos, ¿eh?

—Entre otras cosas —se encogió de hombros y le sonrió.

Ya habían salido del aeropuerto, caminando hacia el sur. El tránsito eléctrico fluía silencioso Flughafenstrasse abajo. El aire del crepúsculo olía a rosas. Cruzaron por un semáforo. La semiótica alemana de los anuncios y señales de tránsito presionaba el cerebro de Deep Eddy con un ligero shock cultural. Garagenhof. Spezialist fur Mobil-Telefon. Buurohausern. Encendió un reconocedor de caracteres para traducirlos, pero la duplicación instantánea de las palabras a su alrededor sólo logró hacerlo sentir esquizofré-

nico.
Se refugiaron en una parada de ómnibus iluminada, junto a un par de gays muy tatuados, que portaban bolsas de comestibles. Una pantalla de video incorporada a un costado del kiosco anunciaba editores de e-mail en alemán.
Eddy examinó a Sardelle de cerca por primera vez, mientras ella permanecía pacientemente en silencio. La línea de su nariz tenía algo extraño e indefinidamente europeo.
—Seamos amigos, Sardelle. Yo me saco mis spex si tú te sacas los tuyos.
—Más tarde puede ser —le respondió.
Eddy rió. —Deberías conocerme, soy un tipo divertido.
—Ya te conozco.
Pasó un ómnibus repleto. Sus pasajeros habían festoneado el artefacto robot con banderas y montado un altavoz en su techo, que emitía un tiroteo cacofónico de música de bongoes.
—La gente del wende ya está tomando los ómnibus —señaló Sardelle con acritud, mientras cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro, como si pisara uvas—. Espero que podamos llegar al centro.
—Me estuviste husmeando, ¿no? Crédito y todo eso. ¿Resultó interesante?
—Es mi trabajo investigar prontuarios —frunció el entrecejo—. No hice nada ilegal. Todo según las normas.
—No hay ofensa —dijo Eddy, mostrando las palmas—. Pero debes de haber comprobado que soy inofensivo. Bajemos la guardia un poco.
Sardelle suspiró:

—Averigé que eres soltero, de sexo masculino, edad entre dieciocho y treinta y cinco. Sin trabajo fijo. Sin domicilio propio. Sin esposa ni hijos. Inclinaciones políticas radicales. Frecuentes viajes. Tu grupo demográfico es de alto riesgo.

—Tengo veintidós, para ser exactos —Eddy se dio cuenta de que el anuncio no provocaba ninguna reacción en Sardelle, pero los entrometidos gays parecían bastante interesados. Sonrió negligentemente.

—Estoy aquí por la red, eso es todo. Por un amigo de un amigo. En realidad, estoy casi seguro de compartir las ideas políticas de su cliente. Al menos por lo que supongo.

—La política no importa —dijo Sardelle, aburrida e impaciente—. No me preocupa la política. Los hombres alrededor de tu edad cometen el 80 por ciento de los crímenes violentos.

Uno de los gays habló de pronto, en un inglés con fuerte acento:

—¡Eh, fraulein! ¡También tenemos el 80 por ciento del encanto!

—Y el 90 por ciento de la diversión —dijo su compañero—. Es tiempo de wende, Yanqui. Ven con nosotros y cometeremos algunos crímenes —agregó riendo.

—Das ist sehr nett vohn Ihnen —respondió amablemente Eddy—. Pero no puedo, estoy con mi niñera.

El primer gay respondió con una broma altamente idiomática, que implicaba, aparentemente, que le gustaban los chicos que usaban anteojos de sol después de oscurecer, pero que Eddy ne-

cesitaba más tatuajes.

Cuando terminó de leer subtítulos en el aire, Eddy se tocó el único círculo negro de su pómulo.

—¿No les gusta mi solitario? Es algo siniestro en su reticencia, ¿no creen?

Los había perdido; sólo parecieron intrigados.

Llegó un ómnibus.

—Este nos sirve —anunció Sardelle. Alimentó al bus con un ticket-chip y Eddy la siguió a bordo. El ómnibus estaba repleto, pero la concurrencia parecía amable; la mayoría euro-japoneses que salían a pasar una noche en la ciudad. Ocuparon una butaca juntos en el fondo.

Ya se había hecho bastante oscuro. Flotaban por la calle con precisión mecánica y una suave despreocupación de ensueño. Eddy sintió que lo sobrecogía la fascinación del viaje; la emoción mamífera básica de una criatura viva alzada y depositada como un fantasma supersónico al otro lado del planeta. Otro tiempo, otro lugar: por vasto que fuera el conjunto de improbabilidades que pudieran militar contra su presencia aquí, habían sido derrotados. Una noche de viernes en Dsseldorf, julio 13, 2035. La hora era 22.10. La misma precisión parecía mágica.

Volvió a mirar a Sardelle, sonriendo alegremente, y de pronto la vio como era: una agobiada funcionaria sentada rígidamente en la parte trasera de un ómnibus.

—¿Dónde estamos, exactamente?

—Estamos en Danzigerstrasse, yendo hacia el Altstadt —respondió Sardelle—. El viejo cen-

tro de la ciudad.
—¿Ah, sí? ¿Y allí qué hay?
—Kartofel. Cerveza. Schnitzel. Cosas para que comas.
El ómnibus se detuvo y subió una bandada de alborotadores. Al otro lado de la calle un trío de policías luchaba con una barrera de seguridad rota. Los polis vestían mamelucos rosados antidisturbios. Había oído en algún lado que todo el equipo antidisturbios de la policía europea era rosado. Se suponía que el color calmaba.
—Esto no te resulta muy divertido, ¿no?
Sardelle se encogió de hombros:
—No somos el mismo tipo de persona, Eddy. No sé qué le llevas al Crítico, ni quiero saberlo —se acomodó los spex con un enguantado dedo—. Pero si fallas en tu trabajo, en el peor de los casos significará una grave pérdida cultural. ¿No es así?
—Eso supongo. Seguro.
—Pero si yo fallo en mi trabajo, Eddy, podría realmente suceder algo concreto.
—Huy —dijo Eddy, picado.
El amontonamiento en el ómnibus comenzaba a resultar opresivo. Eddy se puso de pie y ofreció su sitio en la butaca a una trémula anciana con rutilante ropa de fiesta.
Sardelle también se levantó, no muy graciosamente, y se abrió paso hacia la parte de arriba. Eddy la siguió, raspándose las espinillas con las bastas botas de suela gruesa de un borracho que estaba tirado.
Sardelle se detuvo de pronto para intercambiar codazos con un kamikaze nórdico que llevaba go-

rra de béisbol con cuernos, y Eddy cayó sobre ella de cabeza. Entonces se dio cuenta de por qué la gente se apartaba tan fácilmente del camino de Sardelle: su casaca era de cerámica tejida y tan áspera como una lija. Manoteó una agarradera:

—Bueno —le resopló a Sardelle, contemplándola spex a spex—. Si no podemos disfrutar de nuestra mutua compañía, ¿por qué entonces no terminar con esto? Déjame cumplir mi misión. Luego empezaré a fastidiarte —se detuvo, alarmado—, dejaré de fastidiarte, quiero decir. Lo siento.

Ella ni se dio cuenta.

—Cumplirás tu encargo —dijo, colgándose de su agarradera.

Estaban tan cerca que él podía sentir una fresca brisa acondicionada que salía por el cuello de su chaqueta—. Pero según mis condiciones, mi tiempo, mis circunstancias.

No lo miraba a los ojos; su cabeza se movía en derredor como

si estuviera muy incómoda. De pronto se dio cuenta de que ella estaba inspeccionando metódicamente la cara de todos los extraños del ómnibus.

Le dirigió una distraída sonrisa: —No te preocupes por mí, Eddy. Sé un buen chico y diviértete en Dsseldorf. Sólo déjame hacer mi trabajo, ¿sí?

—Está bien —murmuró Eddy—. Estoy realmente encantado de estar en tus manos —parecía no poder parar con los dobles sentidos. Brotaban de sus labios como una baba del subconsciente.

La cuadrícula vidriada de los rascacielos de Dsseldorf brillaba a través de la ventanilla, como irregulares y misteriosas obleas. Tantos seres humanos viviendo tras esas ventanas. Gente que nunca conocería, que nunca vería. Qué lástima que aún no pudiera permitirse las adecuadas telefotos.

—¿Qué está haciendo por allí en este momento? —preguntó Eddy, tras aclararse la garganta—. El Crítico Cultural, digo.

—Entrevistando contactos en un lugar seguro. Se verá con mucha gente durante el wende. Es su negocio, ya sabes. Eres sólo uno de los que trajió... trajo a este encuentro —Sardelle hizo una pausa—. Aunque como amenaza potencial estás entre los cinco primeros.

El ómnibus se detuvo varias veces. Las gente se metía de cabeza, a tirones, empujones y rodillazos. Dentro del ómnibus estaban convirtiéndose todos en anchoas. En el fondo se armó una pelea a puñetazos. Una mujer borracha intentó, con éxito parcial, vomitar por la ventanilla. Sardelle se mantuvo firme en su

puesto por varias paradas y finalmente se abrió paso hacia la salida.

El ómnibus se arrimó a una parada y una súbita corriente de cuerpos los arrastró afuera.

Habían llegado junto a un largo puente colgante sobre un ancho río plateado por la luz de la luna. Los cables que sostenían el puente estaban iluminados de punta a punta con titilantes lamparillas festivas. A todo su largo, vendedoras ambulantes sentados sobre mantas hacían su negocio con chatarra para turistas. En el centro, un juglar ambulante con guantes inteligentes lanzaba antorchas encendidas en flameantes arcos de tres pisos de altura.

—Jesús, que hermoso río —dijo Eddy.

—Es el Rin. Este es el Puente Oberkasseler.

—El Rin, claro, claro. Nunca antes había visto el Rin. ¿Es agua potable?

—Por supuesto. Europa es muy civilizada.

—Eso pensé. Hasta huele bien. Vamos a beber un poco.

Las riberas estaban bordeadas por jardines municipales: parras de uva amizclera y grandes canteros de pálidas flores. Incansables robots jardineros los venían labrando, temporada tras temporada, con quirúrgica precisión. Eddy se detuvo junto a la orilla y se sirvió, formando un cuenco con sus manos, un poco de la doble estela de un deslizador que pasaba. Pudo ver el reflejo de su propia cara con spex en el pequeño charco iluminado por la luna. Mientras Sardelle lo miraba, tomó un sorbo y arrojó el

resto como una libación para el espíritu del lugar.

—Ahora soy feliz —dijo—. Ahora estoy realmente aquí.

Para la medianoche se había tomado seis cervezas, dos schnitzels y un plato de kartoffels. Las kartoffels eran barquillos fritos de pasta de papas, acompañados de salsa de manzana. A Eddy se le levantó de pronto la moral al primer bocado.

Se sentaron en una mesa de café al aire libre en medio en una calle peatonal centenaria del Altsadt. La calle entera era un bar de una cuadra de largo, toda sillas, sombrillas y adoquines, casas con techos picudos cubiertas de hiedra, con jardineras en las ventanas y antiguas veletas de cobre. Estaba invadida por un tropel de ruidosos extranjeros que miraban con la boca abierta y arrastraban los pies.

Los gentiles, amables y algo perplejos Dusseldorfinos estaban haciendo su mejor esfuerzo para calmar a sus huéspedes y librarlos de algún exceso de efectivo. Mantenía el orden una fuerte presencia de rosados policías. Había visto como metían rápidamente en un vagón acolchado —un "Minna Rosa"— a dos tipos con gorras de béisbol con cuernos, pero los vikingos estaban borrachos perdidos y se la habían buscado, y la multitud parecía de muy buen humor.

—No sé qué tienen de grande estos wendes —dijo Deep Eddy, limpiando sus spex con un cuadradito aceitado de poliseda sin pelusa—. Estos novatos son un

paseo. Aquí no habrá problemas. Mira solamente qué tranquilos y calmados están estos tipos.

—Ya hay problemas —respondió Sardelle—. No aquí en el Altstadt, frente a tus narices.

—¿Sí?

—Hay grandes grupos de incendiarios al otro lado del río. Están haciendo barricadas en Nuess, volcando y quemando coches.

—¿A qué se debe?

Sardelle se encogió de hombros.

—Son activistas anti-automóviles. Piden por los derechos peatonales y más transporte público... —hizo una pausa para leer dentro de sus spex—. Los radicales verdes están atacando el Museo Lobvbecke. Quieren que se permita clonar todos los especímenes de insectos extintos... La Universidad Heinrich Heine está en huelga por la libertad académica, y alguien arrojó bombas de pegamento en el gran túnel de tránsito que pasa por debajo... Pero esto no es nada, todavía. Mañana se enfrentan ingleses e irlandeses en la final de fútbol en el Estadio Rhein. Será un infierno para alquilar balcones.

—Uh, eso suena bastante mal.

—Sí —le sonrió—. De modo que disfrutemos de esto, Eddy. El ocio es dulce. Aún al borde del sucio caos.

—Pero ninguno de esos hechos suena tan amenazante o serio.

—No en sí mismos, Eddy. Pero sucede todo junto. Y así es un wende.

—No lo pesco —dijo Eddy. Volvió a ponerse los spex y encendió con el dedo el menú. Tocó

la barra de menú con el dedo correcto y se encendieron los amplificadores de luz. La muchedumbre que pasaba, algo rielante por los efectos computacionales, parecía desfilar por un escenario demasiado iluminado.

—Supongo que los extraños traerán problemas —prosiguió—, pero los alemanes en sí parecen tan... bueno... tan tranquilos, prolijos y civilizados. ¿Por qué tienen wendes?

—No es algo que planeemos, Eddy. Es sólo algo que nos sucede —Sardelle sorbió su café.

—¿Cómo puede suceder sin planearlo?

—Bueno, sabíamos que venía, por supuesto. Claro que sabíamos eso. Se corre la voz. Así empiezan los wende —se acomodó la servilleta—. Puedes preguntarle al Crítico, cuando lo veas. Habla mucho de los wendes. Sabe tanto como cualquiera, creo.

—Sí, lo leí —dijo Eddy—. Dice que es un rumor, amplificado por los medios electrónicos y digitales, realimentado por la dinámica de las masas y el moderno transporte publico. Un fenómeno en red no lineal. ¡Hasta ahí lo entiendo! Pero después cita a un tipo llamado Elías Canetti... —Eddy palmeó el bolso gris—. Traté de leer a Canetti, realmente lo intenté, pero es del siglo veinte, y aburrido y pesado como los mil diablos... Sea como sea, en Chattanooga manejaríamos las cosas de otro modo.

—La gente dice eso hasta que tienen su primer wende —dijo Sardelle—. Luego todo es diferente. Una vez que sabes que realmente te puede ocurrir un wende... bueno, cambia todo.

—Tomaríamos medidas para pararlo, eso es todo. Medidas para controlarlo. ¿Es que no pueden tomar medidas?

Sardelle se sacó los rayados guantes y los dejó sobre la mesa. Se masajeó suavemente los dedos desnudos, se sopló las yemas y tomó un gran pretzel de la canasta. Eddy notó con sorpresa que sus guantes tenían duros nudillos y se doblaban un poco por sí solos.

—Pueden hacerse algunas cosas, por supuesto —le dijo—. Reforzar la policía y los bomberos. Contratar más seguridad privada. Control de emergencia para las luces, el tránsito, la energía, los datos. Abrir refugios y acumular medicina de primeros auxilios. Y alertar a la población. Pero cuando una ciudad dice a sus habitantes que viene un wende, eso garantiza que sucederá... —Sardelle suspiró—. Trabajé en wendes antes, pero este es grande. Grande y oscuro. Y no terminará, no terminará hasta que todos sepan que se ha ido, hasta que sientan que se ha ido.

—Eso no parece tener mucho sentido.

—Hablar de eso no ayuda, Eddy. Tú y yo, hablando de eso... nos convertimos en parte del wende, ¿no lo ves? Estamos aquí por el wende. Nos conocimos por el wende. Y no podemos separarnos hasta que se acabe el wende —se encogió de hombros—. ¿Puedes irte, Eddy?

—No... de momento no. Tengo cosas que hacer.

—Igual que todos.

Eddy gruño y liquidó otra cerveza. La cerveza aquí era realmente algo especial.

—Es una trampa china para dedos —dijo, haciendo un gesto indicativo.

—Sí, las conozco.

Él sonrió: —Supón que dejamos de intentarlo. Podríamos pasar de largo. Dejar la ciudad. Tiro el libro al río. Esta noche tú y yo podríamos volar de vuelta a Chattanooga. Juntos.

Ella rió: —Sin embargo, realmente no lo harías.

—Después de todo no me conoces.

—¿Escupes en la cara a tus amigos? ¿Y yo pierdo mi empleo? Un precio muy alto a pagar por un gesto. Para que un joven se jacte de librepensador.

—No me jacto, señora. Ponme a prueba. Te desafío.

—Entonces estás borracho.

—Bueno, es cierto —rió—. Pero no hagas bromas sobre la libertad. La libertad es la cosa más real que existe.

Se puso de pie y fue a buscar un baño.

Al volver se detuvo ante un teléfono público. Puso cincuenta centavos y llamó a Tennessee. Contestó Djulia.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

—Las diecinueve. ¿Dónde estás?

—Dsseldorf.

—Oh —ella se frotó la nariz—. Suena como si estuvieras en un bar.

—Bingo.
—¿Qué me dices, Eddy?
—Sé que insistes mucho en la honestidad —dijo Eddy—. De modo que pensé que debía decirte que estoy planeando tener un asunto. Conocí aquí a esta chica alemana y, francamente, es irresistible.
Djulia frunció el entrecejo:
—Muy valiente de tu parte decirme semejante mierda con los spex puestos.
—Oh, sí —dijo, sacándoselos y mirando al monitor—. Lo siento.
—Estás borracho, Eddy —dijo Djulia—. ¡Odio cuando te emborrachas! Puedes hacer o decir cualquier cosa cuando estás borracho y al otro extremo de una línea telefónica —se frotó nerviosamente su último tatuaje—. ¿Es uno de tus chistes malos?
—Sí, en realidad sí. Las probabilidades son de ocho a uno de que me rebote —Eddy rió—. Pero igual voy a intentarlo. Porque tú no me dejas vivir ni respirar.
La cara de Djulia se puso rígida:
—Cuando estamos cara a cara siempre abusas de mi confianza. Por eso no quiero que pasemos del virch (3).
----
(3) Parece ser una abreviatura

de "virtual chafer", relaciones sexuales virtuales (N. de la T.)

—Vamos, Djulia.

Ella estaba desafiante: —Si piensas que serás más feliz con alguna misteriosa bruja en Europa, ¡adelante! De todos modos, no sé por qué no puedes hacerlo por cable desde Chattanooga.

—Esto es Europa. Aquí hablamos de verdad.

Djulia estaba alterada.

—Si tocas realmente a otra mujer no querré verte nunca más —se mordió el labio—. Ni tampoco hacerlo por cable contigo. Lo digo en serio, Eddy. Ya lo sabes.

—Sí —dijo él—. Lo sé.

Cortó, le pidió cambio al teléfono y llamó a la casa de sus padres. Atendió su padre.

—Hola Bob, ¿está Lisa?

—No —contestó su padre—. Es su día de macramé óptico. ¿Cómo está Europa?

—Diferente.

—Me alegra oír de ti, Eddy. Andamos cortos de fondos, pero puedo brindarte un poco de atención.

—Acabo de romper con Djulia.

—Buena medida, hijo —replicó animadamente su padre—. Bien. Una chica muy seria, Djulia. Demasiado fruncida para ti. Un chico de tu edad debería andar con chicas de las que se salen del molde.

Eddy asintió.

—¿Perdiste tus spex, hijo?

Eddy los sostuvo en alto de la cadena: —Sanos y salvos.

—Por un momento me costó reconocerte. Ed, eres un muchacho tan serio, tomando esas responsabilidades. Siempre en la brecha, un día sí y otro también. Lisa y yo telecharlamos todo el

tiempo de ti. Ninguno de nosotros trabajó un solo día antes de los treinta, y nos hizo bien. Tienes que vivir, hijo. Encontrarte. Oler las rosas. Si quieres quedarte en Europa un par de meses, olvida los cursos de álgebra.

—Son de cálculo, Bob.

—Lo que sea.

—Gracias por el consejo, Bob. Sé que lo dices de corazón.

—Me alegro por lo de Djulia, hijo. Sabes que no interferimos con tus sentimientos, así nunca te dijimos una condenada palabra, ¡pero como molesta con su cristalería! Lisa dice que no tiene el menor gusto estético. Eso en una mujer es terrible.

—Esa es mi madre —dijo Eddy—. Cariños a Lisa —y cortó la comunicación.

Volvió afuera, a su mesa.

—¿Comiste lo suficiente? —preguntó Sardelle.

—Sí, estaba bueno.

—¿Con sueño?

—No creo, tal vez un poco.

—¿Tienes dónde parar, reserva de hotel?

Eddy se encogió de hombros.

—No, en general no me molesto. ¿Para qué sirve? Es más divertido revolotear.

—Bien —Sardelle asintió—. Es mejor, no pueden seguirnos. Es más seguro.

Encontró albergue para ambos en un parque, donde un grupo activista de artistas de Munich había levantado un pabellón ilegal. Para lo que solían ser, era bastante agradable, nuevo y en buenas condiciones: una burbuja gigante recubierta de celofán y poliseda. El crujiente envase amarillo de la burbuja tapizaba medio acre de terreno. El refu-

gio era ilegal y por lo tanto anónimo. Sardelle parecía muy contenta con eso.

Tras pasar la compuerta de aire, Eddy y Sardelle se vieron obligados a examinar las obras de arte multimedia de los artistas durante una hora interminable. Y lo peor fue que luego los interrogó minuciosamente un sistema experto, que los atosigó despiadadamente con arcanos dogmas estéticos.

La prueba era demasiado para la mayoría de los que buscaban albergue gratis. El pabellón, aunque atractivo, estaba medio vacío, y había aparecido mucha gente cansada que pasaba por alto el arte. Deep Eddy, sin embargo, casi siempre era un as para estas cosas. Gracias a sus astutas respuestas al interrogatorio de la computadora se ganó un lindo espacio, con una manta, cortinas opacas y su propio juego de luces. Sardelle, por el contrario, se había mostrado aburrida y limitada, y había ganado nada más que una almohada y un trozo de burbuja entre los filisteos.

Eddy hizo buen uso de un toilette pago, y compró unas mentas y agua mineral helada a un robot. Se instaló confortablemente mientras las sirenas policiales y algunas explosiones distantes y apagadas daban encanto a la noche.

Sardelle no parecía ansiosa por dejarlo.

—¿Me permites la bolsa de hotel? —dijo.

—Claro —se la alcanzó. Estaba bien, después de todo se la había dado ella.

Pensó que volvería a revisar el libro, pero en cambio sacó un pequeño envoltorio plástico y tiró de la cinta de cierre. Saltó un colorido mameluco, con un susurro químico y un vago olor caliente a catálisis y colonia barata. El mameluco, enterizo, tenía cómicos pantalones baggy, mangas fruncidas y estaba todo impreso con recortes de postales de playa del siglo veinte.

—Pijamas —dijo Eddy—. Qué bien pensado.

—Puedes usarlo para dormir si quieres —respondió Sardelle—, pero es ropa de calle. Quiero que te lo pongas mañana. Y quiero comprarte la ropa que llevas ahora, así puedo llevármela, para más seguridad.

Deep Eddy llevaba una camisa de vestir, una chaqueta ligera, jeans americanos, medias a lunares y pesados zapatos de ante azul.

—No puedo usar esa porquería —protestó—. Jesús, me vería como un perdedor.

—Sí —asintió con entusiasmo

Sardelle—. Es muy barato y común. Te hará invisible. Uno más entre miles. Es una vestimenta muy segura para un correo durante un wende.

—¿Quieres que me presente ante el Crítico con este atavío?

Sardelle rió.

—Al Crítico Cultural no le impresiona el buen gusto. Lo que ve cuando mira a la gente... ve cosas que otros no ven —se detuvo a pensar—. Podría impresionarle que fueras vestido con esto. No por lo que es, por supuesto. Sino porque demostraría que eres capaz de comprender y manipular el gusto popular en tu beneficio... como lo hace él.

—Estás realmente paranoica —dijo Eddy, irritado—. No soy un asesino. Soy sólo un tipo de Tennessee al que le da por la tecnología. Lo sabes, ¿no?

—Sí, te creo —asintió—. Eres muy convincente. Pero eso no tiene nada que ver con las técnicas de seguridad apropiadas. Si me llevo tu ropa habrá menos riesgo operativo.

—¿Cuánto menos riesgo? Y, de todos modos, ¿qué esperas encontrar en mi ropa?

—Hay muchas, muchas cosas que podrías haber hecho —le explicó pacientemente—. La raza humana es muy ingeniosa. Hemos inventado modos de matar, herir o dañar casi a cualquiera con casi nada —suspiró—. Si todavía no sabes de esas técnicas, sería estúpido de mi parte hablarte de ellas. Así que hagámoslo rápido y sencillo, Eddy. Me haría feliz llevarme tu ropa. Cien ecu.

Eddy sacudió la cabeza.

—Esta vez te saldrá realmente caro.

—Entonces doscientos —dijo Sardelle.

—Olvídalo.

—No puedo subir a más de doscientos. A menos que me permitas revisar tus cavidades corporales.

Eddy dejó caer sus spex.

—Las cavidades corporales —dijo Sardelle impaciente—. Eres un hombre adulto, debes saber de qué se trata. Pueden hacerse muchas cosas con las cavidades corporales.

Eddy se quedó mirándola.

—¿Qué tal unos chocolates y rosas primero?

—Entre nosotros no es cuestión de chocolate y rosas —dijo seriamente Sardelle—. No me vengas con chocolate y rosas. No somos amantes. Somos cliente y guardaespaldas. Es un negocio desagradable, lo sé. Pero es sólo un negocio.

—¿Sí? Bueno, negociar con cavidades corporales es algo nuevo para mí —Deep Eddy se frotó la mandíbula—. Como un simple joven Yanqui encuentro esto un poco confuso. ¿Podríamos tal vez llegar a un arreglo para esta noche?

Ella se rió con aspereza.

—No dormiré contigo, Eddy. ¡Ni siquiera dormiré! Estás quedando como un tonto —Sardelle sacudió la cabeza. De pronto alzó una masa de cabellos trenzados sobre su oreja derecha:— Mira aquí, Señor Simple Joven Yanqui. Te mostraré mi cavidad corporal favorita —había un tubo color carne a un costado de su cuero cabelludo—. Es ilegal hacer esto en Europa, me lo hice hacer en Turquía. Esta mañana tomé medio c.c. por aquí. No dormiré hasta el lunes.

—Jesús —dijo Eddy. Alzó sus spex para observar el pequeño orificio—. ¿Directo a la barrera sanguínea del cerebro? Debe traer un gran riesgo de infección.

—No lo hago por diversión. No es como la cerveza o los pretzels. Es sólo que no voy a dormir, no hasta que termine el wende —se acomodó el cabello y se sentó con compostura—. De modo que volaré de aquí para tenderme tranquilamente al sol. Sin compañía, Eddy.

—Okay —dijo Eddy, sintiendo por ella una extraña y turbia compasión—. Puedes llevarte mi ropa y revisarla.

—Tengo que quemarla. ¿Doscientos ecu?

—Está bien, pero me quedo con los zapatos.

—¿Puedo mirarte los dientes gratis? Sólo llevará cinco minutos.

—Okay —musitó. Ella le sonrió y tocó sus spex. Del puente de su nariz surgió una brillante luz púrpura.

A las 8.00 un abejorro policial intentó limpiar el parque de intrusos. Voló bajo, ladrando amenazas robóticas en cinco idiomas. Todos se limitaron a ignorarlo.

A las 8.30 apareció una auténtica línea de policías humanos. Como respuesta, los ocupantes sacaron su propio megáfono, un enorme altoparlante de unidad de asalto a baterías.

El primer atronador chirrido sacudió a Eddy como una descarga eléctrica. Yacía tranquilamente sobre su colchón-burbuja, escuchando el tonto ladrido del cóp-

tero robot. Ahora saltó rápidamente de su acolchado y se escurrió entre el crujiente tejido de su ridículo mameluco.

Sardelle apareció cuando todavía estaba maniobrando con la abotonadura de velcro. Lo guió fuera del pabellón.

El altavoz de los ocupantes estaba sobre un trípode de hierro, rodeado por un gran número de anarquistas manchados de grasa con yelmos y orejeras, armados de tachonados bastones blancos. El enorme bramido ululante de su megáfono estaba reduciendo a gelatina los nervios de todos. Era como el canto de Medusa.

Los polis se retiraron y los propietarios del megáfono lo apagaron, alzando en triunfo sus brillantes bastones. En el ensordecido, atemorizante silencio se oían chillidos, abucheos y aplausos aislados, pero el ambiente del parque se había puesto muy malo: agresivo y surreal. Atraídos por el apocalíptico chirrido, acudía trotando al parque gente ansiosa de cualquier tipo de revuelta.

Parecían tener poco en común: ni la vestimenta, ni el idioma, ni por cierto nada como una causa política coherente. Eran mayormente hombres jóvenes, y la mayoría parecían no haber dormido la noche anterior: estaban malhumorados y con los ojos enrojecidos. Amenazaron a los policías en retirada. Un grupo arremolinado tajeó uno de los pabellones más pequeños, color escarlata, que se derrumbó como una ampolla de sangre bajo sus pies.

Sardelle llevó a Eddy al borde del parque, donde los policías estaban levantando una

barricada de control con butacas robóticas ambulantes de color rosado.

—Quiero ver esto —protestó. Los oídos le zumbaban.

—Van a pelear —le dijo ella.

—¿Y por qué?

—Por lo que sea. Por todo —gritó ella—. No importa. Nos bajarán los dientes. No seas estúpido.

Lo tomó del codo y se deslizaron por una brecha en el frente de batalla que se estaba conformando.

La policía había traído un camión oruga lanza-pegamento. Comenzaban a amenazar a la multitud con una pegada. Eddy nunca había visto un lanza-pegamento antes, excepto en televisión. Era asombroso lo temible que parecía la máquina, aún pintada de rosa. Era rechoncha, ciega y con toberas, y estaba allí zumbando como una especie de termita guerrera con ruedas.

De pronto varios de los polis que rodeaban la máquina comenzaron a agacharse y retroceder.

Eddy vio un objeto brillante que rebotaba con fuerza en la carcaza acorazada del lanzador. Voló una veintena de metros y aterrizó en el césped a sus pies. Era una bola de acero inoxidable del tamaño de un ojo de vaca.

—¿Pistolas de aire? —preguntó.

—Hondas. No dejes que te den.

—Oh, sí. Gran consejo, supongo.

Al otro lado de los polis un grupo de gente —algún tipo de manifestantes bastante organizados— avanzaban a paso mesurado

bajo un estandarte alto como dos hombres. Decía, en inglés: "La única cosa peor que morir es sobrevivir a tu cultura". Cada uno de los tíos —y eran como sesenta— llevaba una larga pica de plástico, coronada por una gruesa esponja de aspecto amenazante. Por la forma en que maniobraban quedaba claro que entendían muy bien las tácticas militares del uso de picas; sus falanges se erizaban como un alambre de púas, y uno de sus capitanes ladraba órdenes a la distancia. Y lo que era peor, los piqueros flanqueaban claramente a los polis, quienes comenzaron a pedir refuerzos frenéticamente.

Un abejorro policial comenzó a zumbar justo sobre sus cabezas. No paseando casualmente como el anterior, sino acercándose directa, furiosa e inhumanamente rápido.

—¡Corre! —gritó Sardelle, tomándolo de la mano—. Gas pimienta...

Eddy echó un vistazo hacia atrás mientras corría. El cóptero, como si sembrara, iba esparciendo una densa niebla marrón. La multitud vociferó de susto y furia, y segundos más tarde el infernal megáfono comenzaba de nuevo.

Sardelle corría con sorprendente facilidad y velocidad. Avanzaba como si estallaran cohetes bajo sus pies. Eddy, varios años más joven y con piernas más largas, se vio en dificultades para seguirla.

En dos minutos estaban lejos del parque, cruzando una calle ancha y en una cuadrícula peatonal de pequeños comercios y restaurantes. Allí ella se detuvo y

lo dejó recuperar el aliento.
—Jesús —resopló—. ¿Dónde puedo comprar zapatos como esos?
—Son hechos por encargo —le dijo con calma—. Y hace falta un entrenamiento especial. De otro modo puedes romperte un tobillo... —miró hacia una panadería cercana—. ¿Qué tal un desayuno, ahora?
Eddy probó una masa rellena con chocolate dentro del local, junto a una primorosa mesita, cubierta por un tapete. Por la calle corrieron dos ambulancias, y un gran grupo de manifestantes desfiló, pavoneándose y golpeando tambores, barriendo a los vendedores del pavimento; pero por lo demás la cosa estaba pacífica. Sardelle se sentó con los brazos cruzados, mirando el vacío. Él supuso que estaba leyendo alertas de seguridad dentro de sus spex.
—No estás cansada, ¿no?
—No duermo durante operativos —dijo ella—. Pero a veces me gusta sentarme muy quieta —le sonrió—. No puedes entenderlo...
—¡Un cuerno no puedo! —dijo Eddy con la boca llena—. Allá se está desatando un infierno y aquí estás tú, tranquila como agua de pozo... Estos condenados croissants, o lo que diablos sean, son realmente buenos. ¡Eh! ¡Herr Ober! Tráigame un par más de estos, ja, danke...
—Los disturbios pueden seguirnos a cualquier parte. Aquí estamos tan seguros como en otro lugar. Más, porque no estamos al descubierto.
—Bien, la del parque fue una fea escena.
—En el parque no está tan mal. Pero en el Rhein-Spire sí

que está mal. Los Mahogany Warbirds ha tomado el restaurante giratorio. Están robando piel.

—¿Qué son Warbirds?

Ella pareció sorprendida.

—¿No oíste hablar de ellos? Son del NAFTA. Una organización criminal. Estafas de seguros, protección, manejan todos los casinos de la República de Quebec...

—Okay, pero, ¿qué es robar piel?

—Es una treta nueva; toman un poco de sangre o de piel, con tus genes, entiendes, y un año después te informan que tienen cautivo a un hijo tuyo recién nacido, en algún lugar secreto del Sur... Luego tratan de hacerte pagar, y pagar, y pagar...

—¿Quieres decir que en ese restaurante están secuestrando genes a la gente?

—Sí. El desa-almuerzo del Rhein-Spire es muy prestigioso. Las víctimas son todas ricas y famosas —de pronto rió, un poco amarga y un poco cínica—. El año próximo estaré muy ocupada, Eddy, gracia a esto. Un nuevo negocio: proteger la piel de mis clientes.

Eddy se quedó pensando.

—Es como el negocio del alquiler de vientres, pero muy retorcido.

Ella asintió.

—Los Warbirds están locos, ni siquiera son criminales étnicos, son hijos de los grupos de interés de la red... El crimen es tan horrible, Eddy. Si alguna vez pensaste en hacerlo, detente, Eddy.

Eddy gruñó.

—Piensa en esos niños —murmuró ella—. Nacidos para el crimen. Fabricados por encargo,

con un propósito criminal. Este es un mundo extraño, ¿no? A veces me asusta.

—¿Sí? —replicó alegremente Eddy—. ¿Hijo ilegítimo de un millonario, criado por una mafia de alta tecnología? A mí me suena como algo misterioso y romántico. Quiero decir, considera las posibilidades.

Por primera vez ella se sacó los spex, para mirarlo. Sus ojos eran azules. Un tono de azul muy raro y romántico. Probablemente lentes de contacto.

—La gente rica viene teniendo hijos ilegítimos desde el año cero —dijo Eddy—. La única diferencia es que alguien ha mecanizado el proceso —agregó riendo.

—Es hora de entrevistarte con el Crítico Cultural —dijo ella, y volvió a ponerse los spex.

Tuvieron que caminar bastante. El sistema de ómnibus había fenecido. Aparentemente, los simpatizantes de fútbol tenían por deporte destruir el transporte público; les arrancaban las butacas y las pateaban afuera. Camino a ver al Crítico, Eddy vio cientos de fanáticos del fútbol; la ciudad estaba repleta de ellos. Los ingleses no eran algo agradable para encontrarse: jóvenes anónimos salvajes, con gruesas botas, gritando, corriendo y cantando, vistiendo chaquetas hasta la rodilla de papel de lija, con el cabello cortado muy corto y enmascarados o con la cara pintada con la Union Jack (4). Los hooligans ingleses viajaban en enormes contingentes de doscientos y

trescientos. Estaban armados con teléfonos celulares. Envolvían las antenas con cinta aisladora,

----

(4) Union Jack es el nombre que dan a la bandera de Inglaterra (N. de la T.)ÿ

para formar la agarradera de una cachiporra, mientras que la caja de cerámica de alto impacto hacía las veces de una fea maza. Era imposible negar a un viajero el derecho a tener su teléfono, de modo que la policía no podía detener esta práctica. En todo caso, en realidad no había mucho que se pudiera hacer. Los hooligans ingleses dominaban las calles por la mera fuerza de su número. El que los encontrara, simplemente huía.

Excepto, por supuesto, los fanáticos irlandeses. Estos usaban unos gruesos guantes hasta el codo, aparentemente algún tipo de guanteletes de trabajo, junto con largos echarpes blancos y verdes. En unos bolsillos de los extremos de los echarpes llevaban cosidas pesas rompecráneos, y las borlas rodeadas de púas de alambre. Las pesas eran rollos de monedas perfectamente legítimos y el alambre... bueno, se encuentra en cualquier parte. Los irlandeses parecían verse superados en número, pero eran —si fuera posible— más borrachos y despiadados que sus rivales. A diferencia de los ingleses, los irlandeses ni siquiera usaban teléfonos celulares para comunicarse. Se limitaban a lanzarse en locas carreras, revoleando los echarpes y gritando sobre Oliver Comwell.

Los irlandeses eran aterradores. Recorrían las calles como un azote. Golpeaban y destruían

todo a su paso: kioscos de baratijas, videos de propaganda, puestos de pósters, mesas de remeras, gente que vendía mamelucos enlatados. Hasta la gente pro aborto posnatal, que eran realmente fanáticos, y los temibles grupos por la eutanasia, con sus negras capuchas, abandonaban sus podios callejeros para escapar de los chicos irlandeses.

Eddy se estremeció al pensar en cómo sería la escena en el Estadio Rhein.

—Estos son unos condenados malos chicos —le dijo a Sardelle, mientras salían de su escondite en un callejón— ¿Y esto es el soccer? Jesús, parece tan sin sentido.

—Si perturbaran sus ciudades, eso no tendría sentido —dijo Sardelle—. Aquí, en el wende, pueden hacerse papilla entre sí, y todo lo demás, y mañana estar a salvo en su propio mundo.

—Ah, ya entiendo —dijo Eddy—. Eso sí tiene sentido.

Una rubia que pasaba, vestida con hijab musulmán, adhirió un broche a la manga de Eddy. El broche preguntaba repetidamente en inglés, y en voz alta: "¿Hablará con Dios tu abogado?". Eddy se arrancó el aparato y lo pisó.

El Crítico Cultural recibía en un reducto seguro en Stadtmitte. Era una casucha anónima de cuatro pisos del siglo veinte, flanqueada por algunas viviendas urbanas del siglo diecinueve agradablemente recicladas. Una banda dedicada al graffiti se había ensañado con la cuadra la noche anterior, repintando la superficie de la calle con un irregular mural policromo, lleno de grandes gatitos verdes sonrientes, espirales fractales y cerdos rosados priápicos saltando. "¡Chorro caliente!" sugería vehementemente uno de los cerdos. Eddy eludió el "globo" al acercarse a la puerta.

La puerta tenía una pequeña placa de bronce que decía: "E.I.S. Ä Elektronisches Invasionsabwehr-Systems GmbH". Había un logo grabado que parecía ser un cubo de hielo derritiéndose.

Sardelle habló en alemán al video de la puerta; ésta se abrió y entraron a un vestíbulo lleno de pálidos y ojerosos adultos de traje, armados con extinguidores de incendios. A pesar de su aire de nerviosa resolución y obvio deseo de luchar mano a mano, Eddy supuso que eran académicos de carrera: vestidos modestamente, corbatas y bufandas algo torcidas, tatuajes extraños en las mejillas, miradas distraídas, demasiado se-

rios. El lugar olía mal, como a queso en descomposición y polvo de biblioteca. Las sucias paredes estaban festoneadas con esquemas y diagramas eléctricos, en medio de una confusión de cajas de cartón apiladas y rotuladas a mano; algún tipo de archivo de discos. De techo y paredes colgaban manojos de cables eléctricos y fibra óptica de red.

—¡Hola a todos! —dijo Eddy—. ¿Qué tal?

Los defensores del edificio lo miraron, notaron su mameluco y reaccionaron con aliviada indiferencia. Comenzaron a hablar en francés, obviamente retomando una intensa e importante discusión, brevemente pospuesta.

—Hola —dijo un alemán de unos treinta años, poniéndose de pie. Tenía largos, delgados y grasosos cabellos y una cara de mejillas hundidas, pálida como un champiñón. Usaba un medio spex secretarial, y tras éste los ojos más furtivos que Eddy viera jamás; ojos como dardos, maliciosos, deslizándose por toda la habitación. Se abrió paso entre los defensores y sonrió a Eddy, vagamente.

—Soy tu huésped. Bienvenido, amigo —y le extendió la mano.

Eddy la tomó. Echó un vistazo a Sardelle: se había puesto dura como una tabla, escondiendo sus manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Así que —parloteó Eddy, recuperando su mano—, ¡muchísimas gracias por recibirnos!

—Debe estar deseando ver a mi famoso amigo, el Crítico Cultural —dijo su huésped, con una sonrisa cavernosa—. Está arriba. Este lugar es mío, de mi

propiedad —miró a su alrededor, destilando satisfacción—. Es mi biblioteca, como ve. Tengo el honor de albergar al gran hombre durante el wende. Él aprecia mi labor, no como tantos otros.

Rebuscó en los bolsillos de sus abolsados pantalones. Eddy, esperando instintivamente que sacara un cuchillo, se sintió vagamente sorprendido al ver que su huésped le alcanzaba una antigua y sobada tarjeta de negocios. Eddy le echó un vistazo.

—¿Cómo está, Herr Schreck?

—Hoy la vida es muy excitante —dijo Schreck con una afectada sonrisa, y tocó sus spex para examinar la biografía de una línea de Eddy—. Un joven visitante americano. Qué encantador.

—Soy del NAFTA —lo corrigió Eddy.

—Y activista de las libertades civiles. Libertad es la única palabra que todavía me excita —replicó Schreck impaciente—. Necesito relacionarme con muchos más americanos. Usame, y a todos mis servicios digitales. Esa tarjeta mía... llama a esas direcciones de network y diles a tus amigos. Cuantos más, más felices seremos —se volvió hacia Sardelle— Kaffee, fraulein? Zigaretten?

Sardelle negó levemente con la cabeza.

—Es bueno que ella esté aquí —dijo Schreck a Eddy—. puede ayudarnos a pelear. Tú sube. El gran hombre está a la espera de visitantes.

—Yo subo con él —dijo Sardelle.

—Quédate —pidió Schreck—. La que está amenazada es la Biblioteca, no él.

—Yo soy guardaespaldas —replicó ella heladamente—. Cuido personas, no escondites de datos.

—Entonces peor para ti —replicó Schreck, frunciendo el ceño.

Sardelle siguió a Eddy por la polvorienta escalera de alfombra floreada. Arriba, a la derecha, se veía una antigua puerta de oficina de roble claro con panel de vidrio esmerilado. Sardelle golpeó y alguien le contestó en francés.

Ella abrió la puerta. Dentro de la oficina había dos largos bancos de trabajo cubiertos de anticuadas computadoras de mesa. Las cortinas tenían barrotes y cortinas.

El Crítico Cultural, portando spex y dataguantes, estaba sentado bajo la brillante luz amarillo sol de un reflector deslizante del techo. Sus dedos enguantados repicaban delicadamente sobre una pantalla de datos tejida, fina como una hostia.

Cuando entraron Sardelle y Eddy, el Crítico enrolló la pantalla, se sacó los spex y desenchufó sus guantes. Llevaba desgreñados sus cabellos rojo oscuro canoso, una corbata oscura de lana y un largo echarpe castaño echado sobre una chaqueta marfil de magnífico corte.

—Usted debe ser el señor Dertouzas, del CAPCLUG —dijo.

—Exactamente. ¿Cómo está usted, señor?

—Muy bien —examinó brevemente a Eddy—. Supongo que esa ropa habrá sido idea tuya, Frederika.

Sardelle asintió, con mirada torva. Eddy le sonrió, encantado

de conocer su verdadero nombre.

—Siéntense —ofreció el Crítico, y se sirvió más café—. Les ofrecería una taza de esto, pero está... adaptado.

—Le traje su libro —dijo Eddy. Se sentó, abrió el bolso y le ofreció el objeto en cuestión.

—Espléndido.

El Crítico rebuscó en su bolsillo y, para sorpresa de Eddy, sacó una navaja. La abrió con la uña del pulgar. La brillante hoja estaba serrada en forma fractal: cada diente tenía dientes dentados. Era una sevillana del largo de un dedo pero su borde cortante alcanzaba la longitud del brazo de un hombre.

Bajo la caricia irresistible de la navaja, la cubierta dura del libro se abrió con un discreto desgarrarse de la tela. El Crítico buscó dentro de la abertura y sacó un delgado y brillante disco de almacenamiento. Dejó de lado el libro.

—¿Leyó esto?

—¿Ese disco? —improvisó Eddy—. Supuse que estaba encriptado.

—Supuso bien, pero me refiero al libro.

—Creo que perdió algo en la traducción —dijo Eddy.

El Crítico alzó las cejas. Éstas eran oscuras y espesas, con una pronunciada línea en el entrecejo, y enmarcaban unos ojos hundidos, verde grisáceo.

—¿Leyó a Canetti en italiano, señor Dertouzas?

—Me refiero a la traducción a través de los siglos —dijo Eddy, riendo—. Lo que leí no me dejó más que preguntas... ¿Me las podrá contestar, señor?

El Crítico se encogió de hom-

bros y se volvió hacia una terminal cercana. Era una terminal académica, la menos arruinada de las máquinas de la oficina. Tocó cuatro teclas en sucesión y un carrusel giró y emitió un disco. Se lo alargó a Eddy:

—Aquí encontrará sus respuestas, hasta donde puedo ofrecerlas —dijo—. Mis Obras Completas. Por favor, lleve este disco, reprodúzcalo, déselo a quien quiera, siempre que sea de fiar. El procedimiento académico estándar. Seguramente conoce las costumbres.

—Muchas gracias —dijo Eddy con dignidad, guardando el disco en el bolso—. Claro que tengo ya sus obras, pero agradezco una edición totalmente actualizada.

—Me han dicho que una copia de mis Obras Completas pueden valerle una taza en cualquier café de Europa —bromeó el Crítico, mientras ponía el disco encriptado y tecleaba rápidamente—. Aparentemente la commodificación digital no es totalmente tiempo perdido, aún en literatura... —examinó la pantalla—. ¡Esto es encantador! Yo sabía que volvería a necesitar estos datos. Y por cierto no los quería en mi casa —sonrió.

—¿Que hará con ellos? —preguntó Eddy.

—¿En serio que no lo sabe? ¿Siendo del CAPCLUG, un grupo con una curiosidad tan carnívora? Bueno, eso también es una estrategia, supongo —tecleó algo más, y luego se reclinó en el asiento y abrió un atado de cigarrillos.

—¿Qué estrategia?

—Nuevos elementos, nuevas funciones, nuevas soluciones; no se qué es "cultura", pero sé

exactamente qué estoy haciendo —el Crítico pitó lentamente un cigarrillo, con el ceño fruncido.

—¿Y qué es, exactamente?

—¿Se refiere a cuál es el concepto subyacente? —agitó el cigarrillo—. No tengo un "concepto". No hay que reducir esta lucha a una sola simple idea. Estoy construyendo una estructura que quizá sugiera un concepto... Si hiciera más, el propio sistema se tornaría más fuerte que la cultura que lo rodea... Todo sistema de análisis racional debe vivir dentro del fuerte cuerpo ciego de la humanidad de masas, señor Dertouzas. Si algo aprendimos del siglo veinte, fue eso, al menos —el Crítico suspiró, un fragante aliento medicinal—. Lucho contra molinos de viento, señor. Es un deber... A menudo a uno lo hieren, pero al mismo tiempo se siente increíblemente feliz, porque ve que tiene tanto amigos como enemigos, y que es capaz de fertilizar la sociedad con actitudes contradictorias.

—¿A qué enemigos se refiere?

—Aquí. Hoy. Otra quema de datos. Era necesario ofrecer una resistencia formal.

—Este es un lugar malo —explotó Sardelle, o más bien Frederika—. No tenía idea de que este fuera el refugio seguro de hoy. Es cualquier cosa menos seguro. Jean-Arthur, debes dejar este sitio de inmediato. ¡Podrían matarte aquí!

—¿Un lugar malo? Ciertamente. Pero hay tantos megabytes dedicados a las obras sobre la bondad, y sobre hacer el bien; y tan poco tratamiento intelectual coherente de la verdadera natu-

raleza del mal y del ser malo... De la malicia y la estupidez y de los actos de crueldad y oscuridad... —el Crítico suspiró—. En realidad, una vez que se le permite a uno traspasar el encriptamiento que impuso tan sabiamente Herr Schreck a sus posesiones, encuentra estos datos sumamente banales. Los manuales para cometer crímenes son rebuscados y están mal escritos. Los planos de bombas, aparatos de escucha, laboratorios de drogas y todo eso, están pobremente diseñados y probablemente son impracticables. La pornografía es infantil y marcadamente anti erótica. Las invasiones de la privacidad interesan sólo a los voyeristas. El mal es banal; para nada tan lascivo como nuestro instintivo temor lo puede pintar. Es como la vida sexual de nuestros padres: un tópico primario y prohibido, y sin embargo, visto con objetividad, algo básicamente integral a la naturaleza humana; y por supuesto a la nuestra.

—¿Quién planea quemar este lugar? —preguntó Eddy.

—Un rival. Se llama a sí mismo el Arbitro Moral.

—¡Ah, sí! Oí hablar de él —dijo Eddy—. ¿Está también en Dsseldorf? Jesús.

—Es un charlatán —resopló el Crítico—. Una figura tipo Ayatola. Un demagogo popular... —miró a Eddy—. Sí, sí, por supuesto que la gente dice lo mismo de mí, señor Dertouzas, estoy perfectamente al tanto. Pero yo tengo dos doctorados, ¿sabe? El Arbitro es un Savonarola digital autoelegido. Sin formación académica. Un filósofo autodidacta. A lo sumo un ar-

tista.

—¿Usted no es un artista?

—Ése es el peligro... —asintió el Crítico—. En un tiempo sólo era un maestro, y de pronto sentí que tenía una misión... Comencé a comprender cuáles obras son más fuertes, cuáles simplemente decorativas... —el Crítico pareció súbitamente inquieto, y volvió a pitar su cigarrillo—. En Europa hay demasiada costura y muy poca cultura. Hay demasiado conocimiento y demasiado temor a echar por la borda ese conocimiento... En el NAFTA sois demasiado ingenuamente posmodernos para sufrir este síndrome... Y la Esfera, en la Esfera son ortogonales a nuestros dos problemas... El Sur, por supuesto, es la última reserva del planeta de auténtica humanidad, a pesar de todas las atrocidades ontológicas que se cometen allí...

—No lo sigo —dijo Eddy.

—Lleve consigo ese disco, no lo pierda —dijo sombríamente el Crítico—. Tengo ciertas obligaciones, eso es todo. Debo saber por qué hice ciertas elecciones y ser capaz de defenderlas, y debo defenderlas, o arriesgar perderlo todo... Esas elecciones ya están hechas. Tracé una línea aquí, establecí una posición.

¡Hoy es mi wende, sabe! Mi encantador wende... Mediante momentos cumbre como este puedo hacer que las cosas sean distintas para toda la sociedad —sonrió—. No necesariamente mejores, pero por cierto distintas...

—Viene gente —anunció de pronto Frederika, poniéndose súbitamente de pie y gesticulando en el aire—. Un montón de gente marchando afuera en las calles... habrá disturbios.

—Sabía que reaccionaría en el momento en que esos datos dejaran el edificio —asintió el Crítico—. ¡Que vengan los disturbios! Yo no me moveré.

—¡Maldito seas, a mí me pagan para que sobrevivas! —dijo Frederika—. La gente del Arbitro quema refugios de datos. Ya lo han hecho antes y lo volverán a hacer. ¡Vámonos de aquí mientras haya tiempo!

—Todos somos feos y malos —anunció con calma el Crítico, arrellanándose en su silla y uniendo sus manos por las puntas de los dedos—. El mal conocimiento es sin embargo auténtico autoconocimiento. No puede ocultarse.

—¡Esa no es razón para pelear mano a mano aquí, en Dsseldorf! ¡No estamos tácticamente preparados para defender este edificio! ¡Dejemos que lo quemen! ¿Qué importan un estú-

pido delincuente más y su nido de ratas lleno de basura?

El crítico la miró, compasivo.

—No es el acceso lo que importa, es el principio.

—¡Bárbaro! —gritó Eddy, reconociendo el lema del CAPCLUG.

Frederika, mordiéndose los labios, se reclinó contra una mesa y comenzó a escribir invisiblemente en un teclado virtual.

—Si llamas a tu apoyo profesional —le dijo el Crítico—, sólo lograrás que los lastimen. Esta no es realmente tu lucha, mi querida, no estás comprometida.

—A la mierda tú y tu política; si te quemas aquí perdemos la bonificación —gritó Frederika.

—Al menos no hay razón para que él se quede —dijo el Crítico, señalando a Eddy—. Lo ha hecho muy bien, señor Dertouzas. Muchas gracias por su exitosa comisión. Ha sido de mucha ayuda —el Crítico miró hacia la pantalla del terminal, donde aún seguía corriendo un programa del disco, y luego de nuevo a Eddy—. Sugiero que deje este lugar mientras pueda.

Eddy miró a Frederika.

—¡Sí, vete! —dijo ella—. Ya terminaste aquí, Ya no soy tu escolta. ¡Corre, Eddy!

—De ningún modo —dijo Eddy cruzándose de brazos—. Si tú no te mueves, yo tampoco.

Frederika parecía furiosa:
—Pero tú eres libre de irte. Ya lo oíste.

—¿Y qué? Si estoy en libertad de irme, también lo estoy de quedarme —replicó Eddy—. Además, soy de Tennessee, el Estado

Voluntario del NAFTA.

—Vienen cientos de enemigos —dijo Frederika, mirando al vacío—. Nos pasarán por encima y quemarán este lugar hasta los cimientos. No quedará nada de ninguno de nosotros, ni de tus malditos datos, sólo cenizas.

—Ten fe —dijo fríamente el Crítico—. Vendrá ayuda, también; de algunos sectores impensados. Creerme, estoy haciendo todo lo posible para maximizar las implicancias de este acto. Mi rival también, si vamos al caso. Gracias a este disco que acaba de llegar, estoy enviando lo que pasa aquí a cuatrocientas de las sedes de red más volátiles de Europa. Sí, la gente del Arbitro puede destruirnos, pero sus posibilidades de escapar a las consecuencias son muy débiles. Y si nosotros morimos en llamas, eso sólo prestará un significado más profundo a nuestro sacrificio.

Eddy contempló al Crítico con sincera admiración: —No entiendo una maldita palabra de lo que dice, pero creo que puedo reconocer un espíritu hermano cuando lo encuentro. Estoy seguro de que el CAPCLUG desearía que me quedara.

—El CAPCLUG no querría nada de eso —le dijo sobriamente el Crítico—. Querrían que escapara, para poder disecar y examinar su experiencia en detalle. Sus amigos americanos están tristemente infatuados con el supuesto potencial del análisis digital racional panóptico. Créame, por favor, la enorme turbulencia de la sociedad posmoderna es mucho más grande de lo que una sola mente humana puede comprender, con o sin

percepción asistida por computadora o los mejores esquemas de análisis sociológico computarizados —el Crítico contempló su terminal, como un herpetólogo estudiaría una cobra—. Sus amigos del CAPCLUG se irán a la tumba sin haber comprendido que todo impulso vital de la vida humana es enteramente pre-racional.

—Bueno, al menos yo no me iré de aquí hasta que descifre eso —dijo Eddy—. Me propongo ayudarlo a pelear por una causa justa, señor.

El Crítico se encogió de hombros.

—Gracias por demostrar que estaba en lo cierto, joven. Por supuesto que un joven héroe americano es bienvenido a morir en Europa. Odiaría romper una vieja tradición.

Sonaron cristales. Un humeante trozo de hielo seco voló a través de la ventana, patinó por el piso y comenzó a disolverse suavemente. Actuando del todo por instinto, Eddy se adelantó, lo tomó con las manos desnudas y lo volvió a arrojar por la ventana.

—¿Estás bien? —preguntó Frederika.

—Seguro —replicó sorprendido Eddy.

—Esa era una bomba química de gas —dijo Frederika. Se quedó mirándolo como si fuera a caer muerto instantáneamente.

—Aparentemente el químico congelado dentro del hielo no era muy tóxico —aportó el Crítico.

—No creo que fuera ninguna bomba de gas —Dijo Eddy, espiando por la ventana—. Creo que era sólo un gran terrón de

hielo seco. Los europeos están completamente paranoicos.

Vio con asombro que en la calle tenía lugar una procesión medieval. Los seguidores del Arbitro Moral —había unos tres o cuatrocientos, bien organizados y marchando en disciplinado silencio— tenían aparentemente una debilidad por los jubones medievales, las esclavinas a rayas y las calzas de colores. Y las antorchas. Eran grandiosos para las antorchas.

El edificio entero se estremeció de repente y comenzó a sonar una alarma contra robo. Eddy se asomó a mirar. Media docena de hombres estaban batiendo la puerta con un ariete hidráulico de mano. Usaban yelmos con visor y armaduras metálicas, que brillaban a la luz diurna veraniega.

—¡Estamos siendo atacados por unos malditos caballeros de brillante armadura! —informó Eddy—. ¡No puedo creer que estén haciendo esto a plena luz del día!

—Acaba de comenzar el partido de fútbol —dijo Frederika—. Eligieron el momento perfecto. Ahora pueden hacer cualquier cosa sin problemas.

—¿Estos barrotes de la ventana se pueden sacar? —preguntó Eddy, sacudiéndolos.

—No, gracias a Dios.

—Entonces alcánceme esos data-discos —pidió—. No, no esas miniaturas, las cosas esas de treinta centímetros.

Abrió la ventana y comenzó a bombardear a la muchedumbre de abajo con megabytes voladores. Los discos tenían mala aerodinámica, y eran pesados y con bordes filosos. Le respondió una

atroz andanada de ladrillos, que rompió todas las ventanas del segundo y del tercer piso.

—Ahora están muy enojados —gritó Frederika, por sobre la alarma y los gritos de la multitud de abajo. Los tres se escondieron bajo una mesa.

—Sí —dijo Eddy. La sangre le hervía. Levantó una larga y estrecha impresora, cruzó corriendo la habitación y la lanzó por entre los barrotes. En respuesta, media docena de largos dardos de metal —en realidad jabalinas cortas— volaron a través de la ventana y se clavaron en el cielorraso de la oficina.

—¿Cómo pasaron eso por la aduana? —gritó Eddy—. Deben de haberlas hecho anoche —rió—. ¿Debería arrojárselas de vuelta? Puedo alcanzarlas si me paro en una silla.

—¡No, no! —le gritó Frederika—. ¡Contrólate! No mates a nadie, no es profesional.

—Yo no soy profesional —respondió Eddy.

—Ven aquí abajo —ordenó Frederika. Cuando él se negó, se deslizó desde debajo de la mesa y lo estampó contra la pared. Le sujetó los brazos, se cruzó sobre él con intensidad casi erótica y le susurró al oído: —Sálvate, mientras puedes. Esto es solamente un wende.

—Termina con eso —gritó Eddy, tratando de soltarse. Entraron más ladrillos por la ventana, rodando más allá de sus pies.

—Si matan a estos intelectuales inútiles —murmuró con calor—, habrá otro millar que tomen su lugar. Pero si no dejas de inmediato este edificio, mo-

rirás aquí.
—Cristo, lo sé —gritó Eddy, apartándola finalmente con un raspón de su chaqueta de lija—. Deja de ser una perdedora.
—¡Eddy, escucha! —aulló Frederika, cerrando sus puños enguantados—. ¡Déjame salvar tu vida! ¡Después me lo agradecerás! Vuelve a América con tus padres y no te preocupes por el wende. Esto es lo que hacemos siempre; es para lo que servimos.
—¡Hey, yo también sirvo!ÿ

—anunció Eddy. Un ladrillo le despellejó el tobillo. Presa de una repentina furia, levantó una mesa y la estampó contra una ventana rota, como escudo. Gritaba, desafiante, mientras los ladrillos golpeaban contra el otro lado de la mesa. Se sintió sobrehumano. Que ella intentara convencerlo de ser sensato lo había irritado enormemente.
En el piso bajo, la puerta cedió al fin, con una explosión contundente. Resonaba un eco de gritos por la escalera.
—¡La arrancaron! —dijo Eddy.
Se apoderó de un toma eléctrico múltiple, cruzó a toda velocidad la habitación y abrió la puerta de una patada. Con un grito, saltó hasta lo alto de la escalera, revoleando el pesado cable.
Los miembros del cuadro académico del Crítico no eran rivales físicos para los caballeros de armadura del Arbitro; pero sus extinguidores de incendios resultaban armas sorprendentemente efectivas. Cubrieron todo con blanca soda cáustica y llenaron el aire con cegadores y

ondulantes manojos de heladas gotas voladoras. Era claro que los defensores habían estado practicando.

La vista de la desesperada lucha escaleras abajo abrumó a Eddy. Saltó los escalones de a tres y se sumergió en medio de la batalla. Dio un coscorrón a un yelmo cubierto de espuma con un terrible revoleo del cable, se resbaló y cayó pesadamente de espaldas.

Comenzó a luchar desesperadamente a través del piso, patinoso por la soda, con un caballero medio ciego. El caballero abrió su visor. Tras la máscara de metal, el caballero era, en todo caso, más joven que él. Parecía un chico agradable. Parecía tener buenas intenciones. Eddy lo golpeó en la mandíbula lo más fuerte que pudo, y luego comenzó a golpear la encasquetada cabeza contra el piso.

Otro caballero pateó a Eddy en el vientre. Este dejó caer a su víctima, se levantó y enfrentó al nuevo atacante. Ambos, luchando torpemente, perdieron el equilibrio debido a un repentino avance concertado desde la puerta; una docena de atacantes Morales se abrieron paso, agitando antorchas y botellas de gel encendidas. Eddy dio una bofetada a su oponente en los ojos, con sus manos ensodadas, luego se tambaleó y volvió a ponerse los spex. Comenzó a toser violentamente. El aire estaba lleno de humo; se estaba asfixiando.

Se abrió paso hacia la puerta. Con la fuerza que da el pánico a un hombre que se está ahogando, se abrió paso hacia la puerta a arañazos y codazos.

Una vez fuera del refugio, Eddy se dio cuenta de que era una de muchas personas cubiertas de pies a cabeza con espuma blanca. Estornudando, tosiendo y cayéndose contra el frente del edificio, él y los otros fugitivos parecían veteranos de una monstruosa pelea con tortas de crema.

No podían reconocerlo como un enemigo, y no lo hicieron. La soda cáustica se estaba abriendo paso por el barato mameluco de Eddy, reduciendo la efímera tela a chorreantes harapos rojos.

Secándose los labios, con las costillas doloridas, Eddy miró a su alrededor. Los spex le habían protegido los ojos, pero su porquería de subrutina se había derrumbado. La pantalla interna estaba congelada. Eddy los sacudió con sus manos cubiertas de espuma, los golpeó con la punta de los dedos, silbó fuerte.

Nada.

Siguió camino junto a la pared.

Detrás de la multitud, un caballero alto con mitra episcopal estaba gritando órdenes por un megáfono. Eddy vagó por entre la multitud hasta quedar cerca del hombre. Era alto, delgado, de cuarenta años largos, y usaba vestimenta de brocado, capa dorada y guantes blancos.

Ese era el Arbitro Moral. Eddy consideró la posibilidad de saltar sobre el distinguido caballero y aporrearlo, tal vez arrancarle el megáfono y usarlo para gritar órdenes contradictorias.

Pero aún cuando se animara a hacerlo, no le serviría de mucho. El Arbitro estaba gritando en alemán por el megáfono. Eddy

no hablaba alemán. Sin sus spex ni podía leer alemán. No entendía a los alemanes, ni sus asuntos ni su historia. Si vamos al caso no tenía nada que hacer en Alemania.

El Arbitro Moral notó la mirada fija y calculadora de Eddy. Bajó el megáfono, se inclinó un poco en su púlpito portátil de caoba y le dijo algo a Eddy en alemán.

—Lo siento —explicó Eddy, levantando sus spex colgados de la cadena—. Se arruinó el programa traductor.

El Arbitro lo examinó, pensativo.

—¿El ácido de esa espuma dañó sus lentes? —dijo en excelente inglés.

—Sí, señor —contestó Eddy—. Creo que tendré que abrirlos y secar los chips con aire.

El Arbitro rebuscó en su ropa y le alcanzó un pañuelo de lino con monograma.

—Puede probar con esto, joven.

—Muchísimas gracias. Le agradezco de veras.

—¿Está herido? —preguntó el Arbitro, aparentemente con genuina preocupación.

—No, señor. Quiero decir, realmente no.

—Entonces es mejor que vuelvas a la lucha —dijo el Arbitro, enderezándose—. Sé que los estamos venciendo. Levante el ánimo. Nuestra causa es justa —y volvió a levantar el megáfono para seguir gritando.

El primer piso del edificio estaba en llamas. Grupos de la gente del Arbitro estaban acarreando máquinas a la calle y deshaciéndolas en fragmentos

contra el pavimento. No habían podido sacar los barrotes de las ventanas, pero habían abierto unos enormes agujeros en las paredes. Eddy observaba, limpiando sus spex.

Muy por encima de la calle, la pared del tercer piso comenzó a desintegrarse.

Los Caballeros Morales habían irrumpido en la oficina donde Eddy había visto por última vez al Crítico Cultural. Habían arrastrado el ariete hidráulico escaleras arriba. Ahora su fuerte trompa estaba agujereando la pared de ladrillos como si fuera de queso.

Una lluvia de cascotes de ladrillo y revoque cayó sobre la calle, haciendo que los atacantes se apartaran. En segundos, los asaltantes del tercer piso habían abierto un boquete del tamaño de una tapa de registro. Primero, lanzaron una escalera de emergencia. Luego, comenzaron a aparecer, a los tumbos, los muebles de la oficina, para estrellarse contra el pavimento: buzones de sugerencias, latas de discos de almacenaje, libros europeos de leyes con lomos rojos, conectores de red, unidades de backup en cinta, monitores color...

Una chaqueta voló a través del boquete y revoloteó lentamente a tierra. Eddy la reconoció de inmediato: era la chaqueta de lija de Frederika. Aún en medio del ululante caos, con una dañina oleada de plástico en combustión vomitada ahora por las ventanas de la biblioteca, la vista de esa chaqueta revoloteando atrajo la atención de Eddy. Había algo en esa chaqueta. En el bolsillo de su

manga. La llave de su armario del aeropuerto.

Eddy se lanzó hacia adelante, apartó a tres caballeros y se apoderó de la chaqueta. Hizo una mueca y se apartó cuando una silla de oficina cayó en picada y se deshizo en la calle, errándole por poco. Miró frenéticamente hacia arriba.

Justo a tiempo para ver cuando tiraban a Frederika.

La marea se retiraba de Dsseldorf, y con ella todas las escuelas de anchoas de Europa. Eddy estaba sentado en la sala de partida, equilibrando dieciocho piezas de sus spex en un velcro sobre sus rodillas.

—¿Necesitas esto? —le preguntó Frederika.

—Ah, sí —repuso Eddy, aceptando la delgada herramienta cromada—. Dejé caer mi escarbadientes. Mil gracias —y lo colocó con cuidado en su bolso negro de viaje. Acababa de gastar todo su efectivo europeo en un kit de reparaciones de electrónica alemán de lujo, libre de impuestos.

—No iré a Chattanooga, ni ahora ni nunca —le dijo Frederika—. Así que bien puedes olvidarlo. Eso no puede ser parte del trato.

—Cambia de idea —sugirió Eddy—. Olvida ese vuelo a Barcelona y ven conmigo en el transatlántico. La pasaremos bien en Chattanooga. Allí hay alguna gente muy profunda que quiero que conozcas.

—No quiero conocer a nadie —murmuró oscuramente Frederika—. Y no quiero que me exhi-

bas ante tus amiguitos hackers.

Frederika había recibido una fuerte paliza en el asalto, mientras cubría la exitosa retirada del Crítico a través de los techos. Se le había chamuscado el cabello durante la batalla, saliéndose del meticuloso trenzado como lana de acero muy oxidada. Tenía un ojo negro y la mejilla y la mandíbula quemadas y brillantes de gel medicinal. Aunque Eddy había frenado su caída, al precipitarse tres pisos abajo se había hecho un esguince de tobillo, una torcedura en la espalda y raspones en ambas rodillas.

Y había perdido sus spex.

—Te ves bien —le dijo Eddy—. Eres muy interesante, se trata de eso. ¡Eres profunda! Esa es la atracción, ¿sabes? Eres una aparición, y europea, y mujer; son todas cosas muy profundas, en mi opinión —sonrió.

Tenía el codo izquierdo caliente e inflamado bajo la delgada camisa; su pecho, sus costillas y su pierna izquierda estaban salpicados de enormes machucones. Tenía un chichón ensangrentado en la parte trasera de la cabeza, donde se había golpeado contra los escombros al atraparla.

De todos modos, no eran una pareja inusual entre la multitud de gente del wende que partía del aeropuerto de Dsseldorf. En conjunto, la muchedumbre parecía estar sufriendo una masiva resaca colectiva; lo bastante fuerte como para que algunos estuvieran enyesados o con los brazos en cabestrillo. Y sin embargo era sorprendente lo contentos, hasta orgullosos, que se los veía a muchos al dejar su

catástrofe de bolsillo. Estaban pálidos y macilentos, aunque alegres, como gente recuperándose del humo.

—No me siento lo bastante bien como para ser profunda —dijo Frederika, balanceándose en su butaca—. Pero me salvaste la vida, Eddy. Estoy en deuda contigo —hizo una pausa—. Tiene que ser algo razonable.

—No te preocupes por eso —dijo noblemente Eddy, mientras raspaba la superficie de una minúscula placa de circuitos con una escarda de plástico—. Quiero decir, ni siquiera detuve tu caída, estrictamente hablando. Sólo impedí que aterrizaras de cabeza.

—Me salvaste la vida —repitió ella suavemente—. Esa multitud me hubiera matado en la calle si no hubiera sido por ti.

—Tú salvaste la vida del Crítico. Supongo que eso es más valioso.

—Me pagaron por salvarle la vida —dijo Frederika—. En todo caso, no salvé a ese bastardo. Sólo cumplí con mi trabajo. Lo salvó su propia astucia. Ha pasado por una docena de estas malditas cosas —se estiró con cautela, girando en su butaca—. Yo también, si vamos al caso... Debo de ser una verdadera idiota. Aguanto un montón para vivir mi preciosa vida... —aspiró profundamente— Barcelona, te quiero (5).

—Me alegro de que hayamos dejado esa clínica con tiempo para alcanzar nuestros vuelos —le dijo Eddy, mientras examinaba su trabajo con una lupa de joyero—. Son increíbles estos tipos del fútbol. Seguramente se divirtieron... ¿Por qué no pue-

den ser así de amistosos antes
----
(5) En castellano en el original
(N. de la T.)ÿ
de aporrearse mutuamente? Algunas cosas son un total misterio, creo.

—Espero que hayas aprendido una buena lección de esto —dijo Frederika.

—Seguro —asintió Eddy. Sopló la basura seca de la punta de su escarda, luego tomó una pinza cromada y colocó un pequeño tornillo en la patilla de sus spex—. Veo un potencial muy profundo en el wende. Cierto que murieron aquí unas docenas de personas, pero la ciudad debe haber hecho una verdadera fortuna. El Concejo de la ciudad de Chattanooga lo encontrará prometedor. Y un wende ofrece una apertura y una influencia muy útiles para un grupo cultural de red como el CAPCLUG.

—No aprendiste nada —gruñó ella—. No sé por qué tenía la esperanza de que sucediera de otro modo.

—Lo admito: en el calor de la acción me dejé llevar un poco —dijo Eddy—. Pero lo único que lamento en serio es que no vengas a América conmigo. O, si realmente lo prefieres, me lleves a Barcelona. Sea como seas, tal como yo lo veo, necesitas a alguien que te cuide por un tiempo.

—Y tú me frotarías los doloridos pies, ¿no? —replicó con acritud Frederika—. Cuán generosos eres.

—Rompí con la desgraciada de mi novia. Mi padre pagará mis cuentas. Puedo ayudarte a mane-

jarte mejor. Puedo mejorar tu vida. Puedo arreglar tus artefactos rotos. Soy un buen muchacho.

—No quiero ser descortés —dijo ella—, pero después de esto, la sola idea de que me toquen es repulsiva —sacudió con determinación la cabeza—. Lo siento, Eddy, pero no puedo darte lo que quieres.

Eddy suspiró, examinó por un momento la multitud y luego volvió a empacar las piezas de sus spex y cerró su kit de herramientas. Finalmente volvió a hablar:

—¿Haces virch?

—¿Qué?

—Que si lo haces virtualmente.

Se quedó callada un momento, y luego lo miró a los ojos.

—No haces nada realmente extraño o perverso por cable, ¿no Edward?

—Casi no hay demora subjetiva usando fibra transatlántica de alta capacidad —dijo Eddy.

—Veo.

—¿Qué puedes perder? Si no te gusta, cuelgas.

Frederika se atusó el pelo, miró en el tablero la salida del vuelo a Barcelona y se miró la punta de los pies.

—¿Eso te haría feliz?

—No —contestó Eddy—. Pero sí puede hacerme mucho más de lo que ya soy.

Título original: Deep Eddy

Traducido por Nora Susana Todaro

Clisés metálicos y
máquinas impresoras
de cupones para
tarjetas de crédito

(01) 49-5820/8308 int. 17